

Fernando Schwartz

HÉROES DE DÍAS ATRÁS




ESPASA

FERNANDO SCHWARTZ

HÉROES DE DÍAS ATRÁS



ESPASA  NARRATIVA

© Fernando Schwartz, 2016
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de cubierta: © Gaston Paris / Roger-Viollet

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B 4.704-2016
ISBN: 978-84-670-4728-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Marie Weisman pasó de pie las horas del atardecer en la place *Nationale*. Había llovido sin parar durante gran parte del día. Tenía la ropa empapada. Hacía mucho calor.

A ratos, ella era la única ocupante de aquel espacio desolado. Aunque esporádicamente le acompañaran algunas decenas de vecinos del arrabal, la plaza quedaba desierta cuando a lo lejos se oía que arreciaba la batalla en los barrios del centro. El terror hace esas cosas, pensaba Marie; están todos muertos de miedo. Deberían comprender que esto termina, que vamos a ganar, que nos vamos a tomar la revancha y que los días del miedo se han acabado. Bah, esta guerra no es de los ejércitos, se decía con su ímpetu tan suyo, sino de los que la hemos padecido.

Cuatro años de sufrimiento, sí. Pero, se dijo, hoy, 24 de agosto de 1944, los parisinos se han alzado en armas, son de nuevo los protagonistas de *La Marsellesa*, luchan calle a calle contra los soldados alemanes. ¡Hoy la Ciudad de la Luz ha dejado de ser alemana! Hoy es un campo de batalla. Mañana será nuevamente francesa.

Cuando Marie llegó a la plaza, un oficial alemán que la cruzaba escoltado por cuatro soldados, al verla sola, se dirigió a ella en un tono bastante más amable que el habitual:

—*Mademoiselle!* ¡Señorita! Un momento, por favor.

Marie se detuvo en seco mirando al frente. Luego empezó a girarse despacio. Durante aquellos años de guerra

y ocupación alemana, cualquier francés sabía que, al ser interpelado por un militar alemán, era imperativo quedarse quieto, sobre todo no correr ni hacer gestos bruscos. Como si nadie en París tuviera razón de sentir miedo o se supiera culpable de odiar a los alemanes o de temerlos. ¿Qué pretendían, que además se los quisiera?

—*Mademoiselle!*

Terminó de darse la vuelta, esperando, como otras muchas veces, la mirada de desprecio o la sonrisa de cortesía almibarada, el gesto de superioridad de la barbilla, la mano sujetando los guantes con los que el oficial alemán se daba golpecitos en el muslo mientras su pequeño retén permanecía avizor. El reflejo instintivo en Marie fue, como siempre, de angustia. Había perdido la cuenta de las veces en que la habían interpelado desde la primera en la *gare* de Lyon en octubre del cuarenta. Le daba miedo y rabia sentirse vulnerable, pero, pese a ello, nunca había abdicado de la rebeldía, nunca se había puesto la estrella de David en la solapa de la chaqueta o en el bolsillo de la camisa, sabiendo que tal crimen le habría de costar la cárcel o la deportación, probablemente la muerte de una paliza o la violación. Además de terrorista, de resistente, de francesa de De Gaulle y probablemente comunista, ¡judía! Aunque en este negociado no eran únicamente temibles los alemanes: desde cuatro años antes la policía, las bandas de milicianos franceses, la portera de casa, las gentes de la calle se habían sumado con entusiasmo al placer de la delación y del acorralamiento. Eran peores que el ejército ocupante porque, para ellos, para los que soportaban con mansedumbre la derrota, para los colaboracionistas, los de la Francia Libre eran una partida de terroristas antipatriotas, ¿qué otra cosa iban a ser a sus ojos? Y, por añadidura, si eran judíos, llevaban el estigma universalmente despreciado en Europa, la mancha hebrea que los hacía acreedores

a la hostilidad de la raza humana. Pero eso, pensaba Marie, se estaba acabando. Y lo van a pagar.

A unos metros de ella, junto a la pared de una de las casas de la plaza, el alemán la miraba con fijeza. Tenía la mano derecha apoyada en la funda de su pistola, la guerrera manchada de agua y las botas, sucias de barro. Era cierto que sobre París había caído aquella tarde el diluvio universal y que aún lloviznaba, pero Marie nunca había visto a un oficial alemán con las botas menos que perfectamente lustradas; vaya idiotez, pensó, mira queirme a fijar en semejante cosa.

—¿Me puede usted ayudar? —preguntó el alemán. Le pareció que estaba nervioso y que no dejaba de mirar a las ventanas.

—¿Sí? —contestó secamente sin moverse.

—*Place d'Italie*? ¿Dónde está la plaza de Italia?

—Hacia allá —contestó Marie—, más o menos a cuatrocientos metros.

—Bien. —Sonrió él de pronto y, como excusándose por su ignorancia, añadió—: No conozco este barrio. —Se encogió de hombros—. Métase en casa y no salga. Es peligroso.

Sin más, giró en redondo y, seguido de sus esbirros, se alejó apresuradamente en dirección a la plaza de Italia, uno de los ejes del cordón sanitario establecido por la Wehrmacht en torno a París. Allí, las defensas alemanas parecían inexpugnables, guarecidas detrás de un dispositivo de pasos estrechos en zigzag, barricadas y carros de combate desde los que asomaban cañones y ametralladoras dispuestos a acabar con todo.

Mirando al oficial alemán que se alejaba, Marie sonrió: un enemigo a la defensiva. Este alemán era una estampa palpable de la derrota, más que los americanos acudiendo al rescate de París esta noche, mañana, cuando fuera.

Porque llegarían, ¿no? La guerra había acostumbrado a Marie a nunca más pecar de optimismo. Las cosas pasaban cuando pasaban. Tal vez fuera hoy. Hacía días que los parisinos, casi sin atreverse a pensar que por fin se acababa la pesadilla, contemplaban el desfile de convoyes alemanes en marcha hacia el este llenos de enseres, armamento ligero y soldadesca. Había empezado la evacuación de París, pero, claro, no era para fiarse, por mucho que el semblante de los que se iban fuera muy diferente del de cuatro años antes, cuando desfilaban por los Campos Elíseos, victoriosos y serios.

Marie se preguntaba una y otra vez, ¿cómo iban los franceses a ser capaces de perdonarse la miseria, la cobardía de aquella guerra? Porque en todo ese tiempo que hoy acababa, había visto cómo se comportaban en París sus ciudadanos, verdaderos esquizofrénicos, unos llenando páginas de periódicos con comentarios frívolos y seudoculturales y otros imprimiendo pasquines subversivos; unos yendo en masa a teatros y cabarés y pasando indiferentes por delante de las enormes y alargadas banderas nazis que colgaban de los edificios y otros forzados a subirse a los trenes que los deportaban hacia Alemania y la muerte; unos visitando exposiciones de arte patrocinadas por los nazis, el mismo día en que los ocupantes ejecutaban a otros con cualquier excusa. La intelectualidad de izquierdas, Simone de Beauvoir y Sartre y Camus acudían a diario (desde muy temprano para aprovechar el calor de las estufas) al café de Flore o a Les Deux Magots a escribir y sentar cátedra. Cuando coincidían con los santones de la derecha en cualquier lugar o los veían entrar en los museos y los teatros de la mano de oficiales alemanes, los evitaban con afectación, ciudadanos de dos mundos separados. Mientras tanto, en París hacía frío, se pasaba hambre (menos Picasso y sus amigos que comían a diario en Le Catalan a mil francos

por cubierto) y se perseguía, torturaba y fusilaba a los resistentes.

Se encogió de hombros. Dio dos pasos hacia un banco contra cuyo respaldo se apoyó. Miraba al sur, hacia el parque de Choisy, apenas intuido. Escudriñaba con tanta intensidad que sus ojos llegaban a engañarla y le parecía ver sombras como de gente corriendo de un lado para otro, o humaredas de explosiones y motores, amortiguados por la lejanía.

Solo de vez en cuando, a un centenar de metros de donde se encontraba, una distancia imposible de salvar sin gran riesgo, algún hombre sí cruzaba la plaza a la carrera casi doblado en dos, con un viejo mosquetón entre las manos. Se paraba en la esquina de un edificio y disparaba hacia las azoteas sin apuntar. Luego reanudaba la carrera zigzagueando para protegerse de francotiradores. Si caía herido por un disparo, los compañeros que lo seguían se desviaban para ayudarlo y lo arrastraban hasta ponerlo a cubierto. Ahí lo dejaban sin ocuparse más de él, como si por esconderlo, la herida dejara de ser grave y fuera a sanar. Tampoco es que hubiera tiempo para más. Sin embargo, algunos retrocedían unos pasos para disparar hacia donde suponían que se escondía el francotirador, ahora de pronto silencioso. Al otro lado de la plaza, unos cuantos mirones salían de las casas a contemplar la escena. Sin darse cuenta de que allí no corrían peligro, daban unos pasos indecisos con la intención aparente de acercarse al herido, que se quejaba a gritos o con gemidos o con estertores mientras iba desangrándose y entregando la vida. Pero solo se agachaban como con intención de salir corriendo y a los pocos segundos volvían a enderezarse y regresaban a sus portales.

Tampoco Marie podía acudir a socorrerlos. Se sentía tan inútil como los que titubeaban escondidos tras los muros de los edificios sin atreverse a correr.

Desde media tarde, a medida que se acercaba a la plaza, había visto gente esperando escondida en los portales o detrás de los visillos de sus ventanas. A veces se atrevían a asomarse a las aceras esperando ver las tropas amigas que llegaban a expulsar a la Wehrmacht. Pero un solo disparo los hacía huir hacia sus refugios y la calle se vaciaba. Luego, un remolino de optimismo o de curiosidad la volvía a animar y los huidos regresaban.

Desde temprano por la mañana había empezado a circular el rumor de que los americanos estaban por fin a las puertas de París y de que luchaban para vencer la resistencia alemana. Pero allí, lejos del centro de la capital, cuando remitían las explosiones y los bombazos, no les llegaba ruido alguno que proviniera del sur, de los arrabales por donde debían de empujar las tropas salvadoras. No se oía nada, apenas disparos aislados, que la costumbre hacía inaudibles.

Muchos estaban convencidos, no sin razón, de que el ejército alemán se reagrupaba para un asalto final. «Os juro —había exclamado uno— que *les boches* se preparan para la tierra quemada: ¡van a hacer saltar París por los aires!». Y es que, desmintiendo los rumores que aseguraban la derrota alemana, circuló como un reguero de pólvora la noticia de que quince chicos traicionados por un compañero habían sido ejecutados por las SS en el Bois de Boulogne la tarde antes. No parecía que cosas así hicieran patente la derrota de la Wehrmacht. Pero Marie sabía por experiencia que el enemigo vencido está lleno de rabia y miedo y eso lo hace más cruel. Mata a la defensiva, a la desesperada, con saña. Peor que nunca porque ya no hay motivo. Apenas un par de meses antes, las SS, en su galopada hacia el este, habían rodeado un pueblecito cercano a Limoges, Oradour, ametrallado a todos los

varones y encerrado a mujeres y niños en la iglesia. Luego le habían prendido fuego. Murieron más de seiscientas personas. ¿La excusa? Represalia por un atentado de la Resistencia.

Al ejército alemán no le iba a dar tiempo a volar París. Aquella misma mañana, un soldado polaco, conduciendo temerariamente una moto desde Limours, había traído la noticia de la llegada inminente de las tropas aliadas. También un avión inglés de reconocimiento había lanzado unas octavillas cerca de Notre Dame dando la misma noticia: llegaba el ejército francés al mando del general Leclerc. Marie, que desde la madrugada estaba en el ayuntamiento ayudando en un puesto de socorro instalado en el primer piso, decidió acudir, desafiando el peligro, al encuentro de los asaltantes. Iría andando con cuidado de no atravesar zonas de combate y de no caminar por largos trechos de acera rectilínea o por las avenidas principales; y tuvo que cruzar a gachas el puente del Arzobispado hacia la Rive Gauche, corriendo protegida por la barandilla y por los resistentes que disparaban sin descanso para mantener abierto el paso por encima del Sena. Era, decidió, la satisfacción a que le daban derecho los años de miseria: ver llegar las columnas de franceses o de americanos o lo que fuesen y unirse a ellas.

Pensando en el comité de recepción alemán instalado en la place d'Italie, se dijo que el general Leclerc no entraría por ella. Querría evitarse enfrentamientos inútiles: de lo que se trataba era de llegar al centro sin que escaramuza alguna retrasara el avance de sus tropas. El polaco de la motocicleta había dicho que seguramente llegarían desviados por la plaza Nacional. ¿Y cómo lo harían con un mínimo sigilo? ¿Un cuerpo de ejército asaltante? ¿Tropas en número suficiente, miles de hombres, decenas de camiones y tanques?

Eran poco más de las ocho de la tarde del 24 de agosto de 1944. Marie pudo ver de pronto allá a lo lejos un *jeep* que avanzaba hacia ella con brío. Venía por delante de lo que parecía un camión blindado que a su vez precedía a otros apenas divisados por entre la nube negra de los tubos de escape.

«*Les boches!* —gritó alguien—. ¡Son los alemanes!». Y como por arte de magia, la plaza quedó nuevamente desierta. Los pocos entusiastas de un momento antes huyeron despavoridos corriendo en todas las direcciones para refugiarse en los portales y en las calles adyacentes.

Solo ella, en lugar de huir, dio unos cuantos pasos hacia delante y quedó plantada en medio de la calzada, esperando, segura de quien integraba la columna e indiferente al peligro de ser blanco abierto para cualquier francotirador apostado en cualquier buhardilla.

El *jeep* desembocó en la plaza y se detuvo con un chirrido de frenos a la altura de Marie. Desde una ventana cercana, un hombre chilló: «¡Son los americanos! ¡Son los americanos!». Pero enseguida se escondió y aquel primer comité de recepción quedó en nada.

Y entonces, desde las calles de las inmediaciones empezaron a asomar, primero, algunos valientes que saludaban con timidez y que de pronto rompían a gritar, a reír, a llorar puño en alto. Enseguida los fue siguiendo una marea irresistible de parisinos que por miles salían a oleadas para aclamar a los que llegaban a liberarlos. Tanto era el entusiasmo que llegaban a dificultar el avance del convoy militar. Algunos corrían al lado de los camiones gritando: «¡Los franceses, son los franceses!». Un espectáculo totalmente incongruente con la presencia de la Wehrmacht que, al parecer ajena a todo, defendía otra plaza apenas a unos centenares de metros.

«¡Los franceses, son los franceses!».

Se repetía así el desfile de entusiasmos que había invadido la carretera desde Chartres, desde Limours, desde Vitry, a escasos diez kilómetros de la puerta de Italia. En Limours aún habían tenido que enfrentarse a bolsas de resistencia alemana que cerraban el paso a la columna Leclerc, la legendaria división blindada del Chad. El general Leclerc, entonces, había mandado llamar a uno de sus capitanes y le había dicho: «¡A toda velocidad hacia París! ¡No se detenga por nada! ¡No quiero que los americanos tomen París antes que nosotros!». Y Dronne, que así se llamaba el capitán, reunió a sus hombres, unos ciento cincuenta, apenas dos secciones, y, con su *jeep*, doce camiones-oruga y tres tanques Sherman como magna fuerza de choque, emprendió a toda velocidad el camino que había de llevarlos al centro de París. Uno de los orugas quedó atrás con la cadena rota.

La marcha por las calles de la capital, aunque ralentizada por el entorno urbano, estaba siendo el mismo desfile triunfal que por los pueblos y ciudades que, a partir de Chartres, jalonaban el camino hasta París. Allí sí que había sido casi imposible avanzar con cierto ritmo: hasta la plaza Nacional la progresión había sido muy lenta. Unas leguas antes de París, las plazas, las calles, las carreteras se habían llenado de gentes de todas clases y edades, jóvenes, mujeres, niños, ancianos que casi no conseguían sostenerse sobre sus piernas, algunos con muletas para mantenerse en pie sobre la que les quedaba; en las solapas de sus raídas chaquetas o en sus viejos uniformes lucían las medallas ganadas casi treinta años atrás en la Gran Guerra. Reían y lloraban, se acercaban a palmear a los soldados, gritando no se sabía qué. Como un truco de ilusionismo, en cada esquina, en los balcones de los ayuntamientos, en las escalinatas de las iglesias en ruinas se habían materializado banderas, banderines y banderolas francesas que las

gentes hacían ondear o agitaban con entusiasmo. «*Vive la France!* —gritaban—. *Vive De Gaulle!*». En Vitry, una chica joven desnudó sus pechos para ofrecérselos a la soldadesca que llegaba; su gesto fue acogido con una tormenta de silbidos y gritos de entusiasmo. Una mujer de mediana edad, flaca por años de privaciones, oliendo poderosamente a sudor, salió de una panadería con una gran hogaza entre las manos y se la dio al sargento que conducía el *jeep* de Dronne.

De los camiones que seguían al *jeep* del capitán entre la humareda negra de los tubos de escape y el ruido de los motores, podía oírse como aquellos soldados vestidos con el uniforme americano rompían a cantar con fuerza en español.

Ay, Carmela, ay, Carmela,
 el ejército del Ebro,
 rumba la rumba la rumba la,
 una noche el río pasó,
 rumba la rumba la rumba la,
 una noche el río pasó
 y a las tropas invasoras
 buena paliza les dio,
 ay, Carmela, ay, Carmela...

Y ahora, ya en París, el convoy permaneció detenido, con los motores al ralentí, cogiendo impulso para el asalto final. Repentinamente, del blindado, un camión semioruga que estaba justo detrás del *jeep*, por encima del estruendo de cánticos y motores, pudo oírse:

—¡Marie! ¿Marie Weisman?

Marie se volvió a mirar a quien la interpelaba, un joven vestido con el uniforme americano, que gesticulaba e intentaba bajarse de la semioruga. En la parte delantera de esta podía leerse una inscripción en letras mayúsculas pintadas de blanco: *Guadalajara*. Y en el que lo seguía,

Teruel. Y en el de detrás, Brunete. Y en otro más, España cañí...

—¿Domingo? —preguntó Marie tras un titubeo. ¡Domingo! Su viejo compañero de angustias en Vichy. Domingo, Dios mío. El loco temerario de tanto tiempo antes. Uno de sus héroes, uno de los héroes de días atrás. Uno cuya memoria, como la de tan pocos otros, la había mantenido en vida. Se le había desbocado el corazón. Levantó un brazo para agitar la mano.

Desde su asiento en el *jeep*, el capitán se volvió hacia el blindado que estaba detenido detrás de él. Hizo un gesto con la mano para que Domingo se bajara del camión y se acercara. No hizo falta mucho más: de un salto, el joven aterrizó en la calzada y con el mismo impulso apretó a Marie entre sus brazos y le dio cinco, seis, siete besos en las mejillas y en la frente, en las orejas y en el cuello y en la boca. La levantó entre sus brazos mientras sus compañeros aplaudían y silbaban.

—¡Ah! ¡Estabas en París! Y nosotros todo el tiempo angustiados por lo que te hubiera podido pasar...

—¡González!

—Mi capitán —dijo Domingo, dejándola en la acera.

—Venga aquí... Esta señorita...

—Ah, sí, capitán. Nos conocemos desde hace cuatro años, desde el principio de la guerra en Vichy.

—¿Sí?

—Era la más valiente de todos los que estábamos metidos en la primera célula de resistencia anti Pétain.

—Vaya. —Y dirigiéndose a ella—: ¿Conoce usted bien París?

—Claro —contestó Marie con sencillez—. Soy de aquí.

—Muy bien, sabemos cómo llegar hasta Notre Dame. —Sacó un gran mapa de la capital y lo extendió sobre sus rodillas—. Y conocemos la localización de los bloqueos de los alemanes, aquí, aquí y aquí. Pero no sabemos cuánto

se han movido en las últimas horas. Si queremos llegar sin perder tiempo, tenemos que... ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Bueno. Salí de Notre Dame más o menos a las once y vine andando. Llevo aquí unas cuatro horas.

—Tenemos que evitar escaramuzas inútiles... ¿Qué movimientos ha visto en este tiempo?

—Muy poca cosa. Los alemanes no se han movido. Pero, perdone, ¿son ustedes los que son?

Dronne sonrió.

—Sí, los que ve. ¡Vamos! No perdamos tiempo... Súbase a mi lado, si me hace el favor. No sé cómo estarán las cosas más adelante, pero si los jefes de la rebelión están atrincherados en el ayuntamiento y en la prefectura..., hay que llegar deprisa. —Marie asintió—. Pues ahí es adonde vamos. Iremos en zigzag por aquí y por aquí. ¡Granell! ¡Venga aquí! —Y de un *jeep* que estaba escondido entre dos camiones-oruga salió el teniente Granell, el héroe de todos con su aspecto de nunca haber roto un plato. El teniente se acercó corriendo al del capitán Dronne.

—Mi capitán —dijo.

—Un momento... Espere.

—Yo les guiaré —dijo entonces Marie— por las calles en las que no estaban los alemanes, al menos esta mañana. No eran muchos... hasta el puente de Austerlitz.

—Bien. Granell —ordenó el capitán—, tome una sección y vaya directamente hacia el ayuntamiento por las márgenes del Sena, a la espalda de los alemanes. Anuncie nuestra llegada: confirme a los jefes de la Resistencia atrincherados en el ayuntamiento frente a Notre Dame que una división al mando del general Leclerc se ha puesto en marcha a las siete de esta mañana en dirección al norte, directamente hacia la avenida de Italia.

—A sus órdenes.

Granell dio media vuelta y regresó corriendo hacia su sección, que se puso en marcha en menos de un minuto. Llegarían al ayuntamiento en no más de media hora, bastante antes que el grueso de la compañía del capitán Dronne. Este se volvió entonces hacia Marie:

—Bien, *mademoiselle*, vamos...

Ella se dio la vuelta para mirar a Domingo.

—Vamos... Ya tendrán tiempo de hablarse cuando lleguemos al ayuntamiento. ¡Vamos! ¡Vamos!

Marie obedeció pero, antes de encaramarse al *jeep*, miró de nuevo a Domingo y mudamente preguntó: «¿Y Manuel?».

Él hizo un gesto vago, impreciso, hacia el cielo, como de ignorancia, que la dejó llena de angustia. «¿Cuántas veces más lo he de perder? Dime de una vez —pensó, acusando al destino que no dejaba de perseguirla. Era así, ¿no?—. ¿Cuándo voy a poder pararme, cuántas veces más lloraré su pérdida?».

La pequeña columna, esta avanzadilla descarada de la que ya se había desgajado la sección del teniente Granell, se puso nuevamente en marcha, mientras Marie, intentando rehacerse, iba señalando el camino: «Por allí a la place Pinet y después por la calle Squirol, creo, hasta llegar, aquí, a la avenida del Hospital para luego bajar hasta el puente de Austerlitz». «Bien, andando».

Se movieron veloces hacia el ayuntamiento. Tardaron cuarenta minutos en llegar al frente de la catedral. Solo a la altura del río, delante del puente de Austerlitz, tuvieron que enfrentarse brevemente a las tropas alemanas; fue un encontronazo muy violento resuelto rápidamente. Los soldados de las dos primeras orugas, Domingo entre ellos, se bajaron a saltos para cubrir el frente de los muelles del Sena. Disparando sin tregua, avanzando casi a

pecho descubierto con alaridos salvajes, dejaron el camino expedito en pocos minutos, empujando a las fuerzas de la Wehrmacht hacia el Louvre y el Quai d'Orsay. Luego volvieron a encaramarse a los blindados y la columna reemprendió la marcha. No había habido bajas; nadie había sido herido. «Mira —dijo Domingo riendo—, mejor que esta mañana: un paseo».

Y es que, en efecto, hasta llegar al río, la entrada en París de las huestes del capitán Dronne había sido hecha casi sin disparos. A lo largo del camino ahora cada vez más lleno de gente, desde las aceras, desde la calzada, corriendo como locos, sonriendo, llorando, bailando, tratando de encaramarse a los blindados, los que habían hecho acopio de valor, en el fondo todos los que habían esperado cuatro años este momento, preguntaban a voz en cuello: «¿Quiénes sois, quiénes sois? ¿Sois franceses? ¿Americanos? ¿Quiénes sois? *Vive la France!*».

«¡Somos republicanos españoles! —les contestaban a gritos desde los camiones, perdida toda prudencia—. ¡Somos La Nueve!».

«¿La Nueve?».

«La Nueve, sí, y hemos venido a sacaros las castañas del fuego. ¡Eh, parisinos, ya hemos llegado los españoles! ¡Viva la República!».